

Artículos

Solidaridad y esperanza ante las víctimas de la pobreza injusta

Jon Sobrino

Resumen

El autor insiste en una tesis fundamental de I. Ellacuría: la necesidad de revertir la historia actual. Esto significa que no sólo hay que cambiar, mejorar y reformar, sino que, además, hay que revertir, es decir, alterar radicalmente la historia. Aunque no se ofrecen contenidos, se quiere hacer caer en la cuenta de la necesidad de espíritu para generar la fuerza para buscar la solución correcta. Esa fuerza del espíritu es la solidaridad y la esperanza es la actitud radical para emprender la tarea que la humanidad tiene por delante.

En este escrito queremos recalcar la tesis que Ellacuría formuló poco antes de ser asesinado: “hay que revertir la historia actual”. Esto significa que no sólo hay que cambiar, mejorar y reformar, sino que hay que revertir, es decir, cambiar radicalmente nuestra historia.

Cómo hacerlo es tarea ingente y necesita del aporte de todos, muy específicamente de quienes pueden ofrecer modelos nuevos para configurar de manera humana el orden internacional económico, militar y político. Nosotros no tenemos *contenidos* que ofrecer a esta ingente tarea, pero quisiéramos ofrecer y hacer caer en la cuenta, al menos, de la necesidad de espíritu que genere en nuestra humanidad fuerza para buscar la solución correcta. A esa fuerza del espíritu se la puede denominar de varias formas. Aquí la vamos a llamar *solidaridad*,

para concluir después con una reflexión sobre la *esperanza*.

Antes de comenzar el análisis, quisiera, sin embargo, hacer una especie de confesión personal, no para que cunda mayor desánimo, sino para que sirva de acicate a la solidaridad: la sensación de impotencia al intentar comunicar —una vez más— lo que en el mundo de las víctimas es evidente, pero que se hace todo menos evidente en un mundo de abundancia ajeno a ellas, es decir, qué es pobreza, injusticia, esperanza, vida, muerte, compromiso, martirio...

1. Una crisis radical y global

Que el mundo está mal, es bastante claro para todo aquel que tenga ojos para ver, y desde la

perspectiva del tercer mundo, esto es evidente, porque se sufre en carne propia. Sobre nuestro mundo parece cernirse una especie de fantasma que comienza a causar espanto y a cuestionar que la humanidad sea una aventura viable. Mal estamos y parece que iremos a peor. Por ello, aunque lo que sigue tiene algo de macabro, queremos analizar los males actuales del mundo, sobre todo aquellos males globales. Más adelante analizaremos las posibilidades de un mundo solidario — esperanza, austeridad compartida, fe y sentido de la vida—, pero comencemos con los males, el mayor y más definitorio de los cuales es la pobreza que acerca a la muerte a miles de millones de seres humanos, y deshumaniza a todos, a las víctimas y a los victimarios. Veámoslo en cuatro breves reflexiones.

A la pregunta de *cómo está la especie humana* se podrá responder que, comparada con otras, no está en peligro de extinción, y se dirá, más bien, que su crecimiento es precisamente parte del problema. Pero también es cierto que se ha comenzado a usar ya un lenguaje explícito para expresar la *no existencia práctica* de millones de seres humanos. Así, ya no sólo se habla de mano de obra barata, sino de mano de obra sobrante, no sólo de oprimidos, sino de inexistentes, hasta el punto de que ser explotado puede llegar a ser un privilegio, pues supone tener trabajo. La especie humana podrá sobrevivir malamente y aún crecer, pero con una gran parte de ella perteneciendo prácticamente a otra *sub-especie*, la que no cuenta.

La esencia de la población del tercer mundo es hoy, a diferencia de lo que ocurrió hasta hace cien años, que se trata, desde el punto de vista del primer mundo y de sus necesidades económicas, de una población sobrante. Se sigue necesitando del tercer mundo, de sus mares, su aire, su naturaleza, aunque sea únicamente como basurero para sus basuras venenosas... Lo que ya no se necesita es la mayor parte de la población del tercer mundo¹.

Y nada digamos de *cómo está la familia huma-*

na, si vivimos bien avenidos unos con otros o no, si vivimos en justicia, mutuo conocimiento y cariño. Es de sobra conocido que un informe de Naciones Unidas sobre la pobreza en el mundo —que no se atrevió a publicar en 1989 por lo escandaloso de sus conclusiones— dice que el abismo entre ricos y pobres es gigantesco y va en aumento. Si en 1960 la relación entre ricos y pobres era de 1 a 30, ahora es de 1 a 60. Eduardo Galeano lo ha dicho gráficamente: “un estadounidense vale lo que 50 haitianos”. Y añade, como queriendo conmover los cimientos metafísicos de nuestro mundo civilizado: “¿qué pasaría si un haitiano valiera lo que 50 estadounidenses?”. Con esto se quiere desenmascarar el presupuesto último de cómo se percibe esta inmensa injusticia: como perteneciente al orden de la naturaleza y no al de la historia, como el “así son las cosas” y no hay mucho que se pueda (y deba) hacer para cambiarlas. Y más recientemente un economista acaba de escribir lo siguiente:

El dominio de los grandes grupos financieros e industriales y la concentración de la riqueza en unos pocos ha sido un fenómeno constante a lo largo de estos 50 años y se ha intensificado en la última década. Así, cuando en 1960, el 20 por ciento de la población más pobre del planeta se repartía el 2.3 por ciento de la renta mundial, este porcentaje ha disminuido al 1.7 por ciento en 1980 y al 1.4 por ciento en 1990. Mientras tanto, el 20 por ciento de los más ricos pasaba del 70.2 por ciento en 1960, al 76.3 por ciento en 1980 y al 82.7 por ciento en 1990².

La verdad es que ni queremos ser los unos para los otros ni nos alegramos de vivir los unos con los otros. A quienes viven opulentamente sólo les interesa —con notables excepciones— seguir viviendo así y no les preocupa para nada la tragedia de los pobres. Quisieran mantener la ficción de que no los hay o el autoengaño de moda de que el rebalse prometido por el neoliberalismo operará el milagro y dejará de haberlos. Hablar de “herma-

**La verdad es que ni queremos ser los unos para los otros
ni nos alegramos de vivir los unos con los otros.**

nos y hermanas” —y nada digamos de “hijos e hijas de Dios”— suena a chiste de mal gusto. Por mucho que se la ignore —también en medios eclesiásticos—, la parábola que mejor describe la situación de nuestro mundo actual es la del rico Epulón y el pobre Lázaro. Las migajas que caen de la mesa son el rebalse que promete el neoliberalismo. Es muy dudoso que esas migajas lleguen a saciar el hambre de todos los pobres del mundo, pero lo que no está en duda es que niega esencialmente el concepto y la realidad de la familia humana.

Con esto queremos recalcar que el mayor problema en el mundo actual sigue siendo el antagonismo entre los opresores y los oprimidos, y no simplemente las diferencias étnicas, religiosas, ideológicas, culturales... Es cierto que éstas *diferencias* pueden y suelen convertirse también en *antagonismo*, pero formalmente no son lo mismo. Y si lo recordamos es por la tendencia actual a ignorar éste en favor de aquéllas cuando se trata de analizar la realidad de nuestro mundo. O, en otras palabras, la tendencia a ignorar lo que de gravísimo conflicto real sigue existiendo en nuestro mundo.

Lo dicho supone ya que *la solución que nos ofrecen no es humana*, pues, en primer lugar, aun en el caso de tener éxito, resolvería el problema material, pero no el de la dignidad del ser humano. Y en segundo lugar, aun al nivel básico material, no es por ahora una solución posible para todos —aunque no por falta de conocimientos y recursos, sino por los intereses de los poderosos—, y por ello le es inherente el tener que tomar la trágica decisión sobre qué pueblos van a vivir y cuáles no, sobre qué porcentaje de población dentro de los países pobres —el 40, el 50 o el 60 por ciento— va a sobrevivir y cuál no, y quién decide sobre ello, a no ser que la vida y la muerte de los seres humanos se deje a la frialdad del mercado. Por ello, como muy bien concluía Ellacuría, recordando a Kant, esta solución no es ética, porque no es universalizable. Pero más todavía sorprendieron sus siguientes palabras, en su análisis de la solución, palabras que no necesitan comentario:

Desde mi punto de vista —y eso puede ser algo profético y paradójico a la vez— Estados Unidos



está mucho peor que América Latina. Porque Estados Unidos tiene una solución, pero, en mi opinión, es una mala solución, tanto para ellos como para el mundo en general... Pero por más doloroso que sea, es mejor tener problemas que tener una mala solución para el futuro de la historia³.

A estos graves males hay que añadir otro de tipo psico-social: *el desencanto generalizado*, aunque por diversas razones. En los países del primer mundo el desencanto puede provenir del fracaso de una desaforada ilusión consumista y de que la “calidad de vida” no ha tenido lugar en las proporciones esperadas, lo cual, dicho sin ironía, lo convierte en desencanto fructífero, pues fuerza a buscar la vida con calidad en otra dirección. Pero en el tercer mundo el problema del desencanto es mucho más grave. Después de años de lucha, de esperanzas populares y de generosidad sin límites, la paz no ha traído cambios sustanciales, con lo cual parece que ya nada puede traerlos.

Parte importante de este desencanto proviene de las expectativas frustradas, como hemos visto, pero —lo peor— es que de alguna manera es producto de algo pensando y planificado, que se quiere imponer como sustrato cultural: “la geocultura de la desesperanza y la teología de la inevitabilidad”⁴. Y que esto es así se desprende del hecho de que el primer mundo no sólo ha procurado impedir o aplastar los cambios radicales —las revoluciones—, sino que procura erradicar su presupuesto subjetivo: la convicción y la esperanza de que son posibles cambios significativos, no sólo cosméticos, y de que, por lo tanto, merece la pena luchar por ellos. El mensaje que eficazmente se quiere comunicar es, pues, que no hay más solución que la que ofrece el sistema.

2. Solidaridad: “llevarse mutuamente” para revertir la historia

Ante esta realidad tan malamente configurada es evidente que se impone algo radicalmente nuevo. Y ante todo, se impone la *convicción* de la necesidad de un “cambio revolucionario, consistente en revertir el signo principal que configura la civilización mundial”⁵, como dijo Ellacuría una semana antes de ser asesinado. La realidad es la que exige, aunque los pasos deban ser dados uno tras otro, una *revolución*, es decir, las transformaciones radicales, y el *revertir la historia*, es decir, operar un giro de 180 grados sobre ella. Eso es lo que se debe ir imponiendo en la conciencia colectiva de la humanidad y lo que debe ir generando cultura para poder transformar una historia de inhumanidad en una historia de humanidad. Pues bien, para expresar la necesidad de ese cambio radical se ha comenzado a usar, aunque todavía no lo definamos con precisión, el término *solidaridad*. Y lo que más interesa recalcar ahora es precisamente su novedad.

En cuanto conozco, el término *solidaridad*, tal como ahora se usa, es relativamente nuevo, y el que haya tenido que aparecer en el lenguaje eclesial y político ya es en sí mismo un hecho importante, pues indica que otros términos y las realidades a las que corresponden, aun buenas, se han hecho claramente insuficientes y aun peligrosas para dar solución al problema actual. Esto ha

ocurrido, ciertamente, con realidades religiosas, como la *caridad*, pero también con realidades políticas tan venerables como la *libertad e igualdad*, e incluso la *fraternidad* —aunque pensamos que su capacidad para configurar el mundo está todavía sin estrenar. A continuación vamos a analizar dos realidades que también pueden hacerse pasar por *solidaridad*, pero que no lo son.

En primer lugar, la *ayuda*, bien sea en la forma tradicional de la limosna, bien en la actual de ayuda gubernamental, no resuelve el problema adecuadamente (y nada digamos cuando se pervierte el término y se habla, por ejemplo, del millón de dólares diarios con que el gobierno de Estados Unidos “ayudó” militar y económicamente a El Salvador durante los doce años de guerra). Más aún, si se compara con otras épocas de la historia, en la nuestra, los países ricos ayudan más a los países pobres, pero, en lugar de disminuir, la tragedia de éstos ha aumentado con frecuencia. La ayuda del norte al sur, pues, aun sin analizar ahora los mecanismos por los cuales se convierte en ayuda del sur al norte, no ha solucionado el problema.

Además, desde un punto de vista antropológico, si la *solidaridad* sólo fuese *ayuda*, no pasaría de ser una limosna magnificada, con lo cual el dominante daría algo de lo que tiene, pero sin verse él mismo comprometido en lo más profundo suyo, ni urgido a mantener esa ayuda. Y la ayuda así entendida lo sería sólo en una dirección, del que da al que recibe. Pero de esta forma se desconocerían tres elementos esenciales de la *solidaridad*: el compromiso personal, no sólo la ayuda material; la decisión duradera a ayudar, no sólo el alivio coyuntural; y la apertura a recibir, no sólo a dar.

En segundo lugar, la *alianza*, como forma de unirse grupos y naciones para defender intereses comunes en contra de los de los otros, tampoco es solución, y, ciertamente, no lo ha sido para los países pobres. Además, por definición, las alianzas se hacen para defenderse unos de otros y para luchar unos contra otros, con lo cual se divide y opone a los seres humanos y se destruye la familia humana. Las alianzas pueden ser necesarias, por supuesto, pero, por su propia naturaleza, no son adecuadas para hacer que la vida de la familia hu-

La solidaridad es la utopía de “llevarse mutuamente”.

mana sea más viable sobre el planeta. La alianza, como modelo teórico, es distinta y contradice en muchos puntos al modelo de la solidaridad.

Visto desde esta perspectiva, el mero hecho de tener que usar un concepto nuevo —solidaridad—, expresa ya que para los graves problemas actuales no sólo no hay soluciones reales, pero ni siquiera conceptos teóricos adecuados. Por ello, solidaridad, en cuanto es concepto nuevo, es ante todo un concepto *profético y utópico*, apto para expresar indirectamente que estamos mal y para expresar directamente que debemos buscar un camino de solución distinto. Y es también un concepto *necesario*, no optativo. En lenguaje de nuestros mayores, o por amor de Dios —la humanización que produce la solidaridad, y de ahí la bella expresión “la solidaridad es la ternura de los pueblos”— o por temor de las penas del infierno —el fracaso físico y moral de la humanidad— hay que promover una cultura de la solidaridad.

¿Y qué es, en definitiva, solidaridad? Es un modo de ser y de comprendernos como seres humanos, que consiste en *ser los unos para los otros para llegar a estar los unos con los otros, abiertos a dar y recibir unos a otros y unos de otros*. Y como todo ello debe ocurrir en un mundo desigual y antagónico, de débiles y poderosos, de víctimas y verdugos, a la solidaridad le es esencial un elemento de *abajamiento de los unos a los otros*, lo cual significa un cambio radical en el modo de comportarnos los humanos. La solidaridad expresa, pues, una antropología a la que le es esencial la referencia al otro, pero de manera precisa: hay que estar abiertos al otro tanto para dar como para recibir —y no se piense que sólo la apertura al dar es difícil, sino que también lo es la apertura al recibir de aquellos, de los que están abajo en la historia, de quienes los que están arriba piensan que nada significativo pueden recibir. Y digamos para terminar que ese dar y recibir acaece a *todos los niveles* de la persona y de los pueblos: material, espiritual, eclesial y teologal. Dicho en palabras sencillas, la solidaridad es la utopía de “llevarse mutuamente”.

Insistamos, para terminar este análisis, en que

la realidad de este mundo está activamente transida de anti-solidaridad (aunque a veces el mundo dé la impresión de ser sólo neutral o sólo distante con respecto a ella), y por ello, saber qué es solidaridad se deducirá muy eficazmente de lo contrario de lo que ahora ocurre, y trabajar por la solidaridad supondrá combatir la realidad en qué vivimos. Quizás parezca exagerado, pero la solidaridad expresa una revolución de igual o mayor envergadura que la revolución copérmicana, la del mismo Copérnico en astronomía o la de Kant en epistemología: cambiar el centro de la propia vida, que no es ya sólo el yo personal y grupal, sino el otro —aunque el yo vuelva a recobrase al recibir del otro. Y esto no sólo ni principalmente por razones espirituales o ascéticas, sino por razones de humanidad —y de sobrevivencia física. Sólo que es más fácil cambiar una visión tradicional sobre astronomía o la epistemología, que sobre el propio yo.

3. El origen de la solidaridad: el pueblo crucificado

La solidaridad, aunque necesaria, es difícil, y por ello es importante saber qué la puede poner en marcha. De antemano pudiera decirse que para que se genere solidaridad —por la novedad y por el contenido— se tienen que tocar las fibras más hondas del ser humano, allá donde llega tanto la interpelación como la promesa de salvación. Y para caer en la cuenta de qué realidad puede llegar a generar cosas tan hondas comencemos con una pregunta que nos hicimos hace años y que, a pesar de las apariencias, es todo menos retórica.

¿Hay algo santo en el mundo de hoy? Lo “santo” no es sólo un sustitutivo de lo último o lo absoluto, sino implica también salvación para quien responde y se introduce en ello. Por eso podemos preguntar de nuevo: ¿hay algo que se presente como lo último e inmanipulable, que exija al hombre con ultimidad, pero que se presente también como promesa y plenificación?... ¿Hay algo que impulsa a ir más allá del propio yo y de los yos grupales, aunque fuesen buenos, como la familia, el partido, el país, la propia Iglesia?⁶

Estas palabras las escribí a propósito de la defensa de los derechos humanos, pero me parecen igualmente útiles para introducirnos en la solidaridad. Respondiendo a las preguntas con las conocidas palabras de Rudolf Otto, "santo" es aquello que es a la vez *tremens* y *fascinans*, lo que hace temblar y lo que fascina. ¿Qué es eso en el mundo actual? El pueblo crucificado.

Ese pueblo crucificado, como lo hemos analizado en el primer apartado con otro lenguaje, es ante todo cosa real, es lo masivo, no la excepción o la anécdota. Es lo que muere y, con mayor exactitud, lo que es dado muerte por sus verdugos. Y es lo crucificado, porque en buena medida reproduce el destino de Jesús. En lo que queremos insistir ahora es que ese pueblo crucificado es santo porque *aterra* por la crueldad e injusticia a la que es sometido, pero *fascina* también por su inocencia e indefensión, por su esperanza y por su decisión, en cosas grandes o pequeñas, a bajar de la cruz.

En el pueblo crucificado hay interpelación y salvación. Si no lo tenemos presente, vivimos adormecidos, de modo que el cambio radical que se expresa en la solidaridad puede compararse al despertar de un sueño. Y para valorar lo que significa ese despertar podemos recordar que los avances reales en libertad, igualdad y democracia en el primer mundo tienen mucho que ver con aquello que Kant llamaba "despertar del sueño dogmático", es decir, no vivir como dormidos, delegando en otros la responsabilidad del propio pensar. Haber despertado de aquel sueño ha sido muy importante para todos y ha ayudado a la humanización de la familia humana. Pero esto no significa que los seres humanos de finales del siglo veinte, con adelantos de todo tipo, no estén todavía sumergidos en otro sueño, más bien una pesadilla, más profundo y más cruel que el anterior: el sueño de la cruel humanidad.

En un mundo con tantas facilidades para conocer la realidad del planeta, universidades, medios de comunicación de todo tipo, púlpitos eclesiales y aulas escolares, se conoce muy poco de la reali-

dad. Seguimos "dormidos", "adormecidos" más bien, "drogados" podríamos decir con mayor precisión, por ese mundo que ha despertado en muchos otros aspectos. Por ello, a nuestro primer mundo de hoy se pueden aplicar las palabras de Antonio Montesinos en 1511 en La Española: "¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos?".

Las razones que aducía para usar tal expresión no son muy distintas de las que podemos usar hoy: "Estos ¿no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos?". Y aunque suene aparentemente anacrónico, también hay semejanza en la conclusión que sacaba: "todos estáis en pecado mortal y en el vivís y morís" (véase la dificultad de ofrecer sentido a la existencia), y ciertamente hay semejanza en la razón que aducía: "la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes".

Pues bien, lo que tiene capacidad para despertarnos del sueño de la cruel inhumanidad es el pueblo crucificado, y, al hacerlo, pone en marcha el proceso de solidaridad. Pudiera decirse *a priori* desde la fe cristiana —lo cual ha sido muy olvidado a pesar de tanto avance científico en teología— que el pueblo crucificado tiene la capacidad, como ninguna otra cosa, de hacer que la mirada recaiga sobre él. Del siervo doliente de Yahvé dice Isaías que ha sido puesto por Dios para ser "luz de las naciones" (Is 42, 6; 49, 6). Y de Cristo crucificado dice el evangelio de Juan que todo lo atraerá hacia sí (Jn 12, 32), que mirarán al que traspasaron (Jn 19, 37). Pero también ha ocurrido así históricamente. La persecución, la represión y la muerte en países como El Salvador es la que puso en marcha el movimiento de solidaridad, la ayuda del primer mundo al pueblo crucificado. Cierto es que todo comenzó con el asesinato de sacerdotes, comprensible por lo novedoso, aunque realidad eclesial todavía; pero el movimiento de solidaridad llegó a constituirse como tal cuando se llegó a descubrir la muerte lenta y violenta de las mayorías: el pueblo crucificado.

Ser los unos para los otros para llegar a estar los unos con los otros, abiertos a dar y recibir unos a otros y unos de otros.

4. Dar y recibir lo mejor de lo humano

Hemos insistido en que, formalmente, solidaridad no es ayuda en una nueva dirección, sino en las dos direcciones. Para el propósito de este artículo, la solidaridad consiste en el mutuo llevarse el primer y el tercer mundo. Esto es lo que vamos a analizar brevemente a continuación desde la perspectiva de qué debe dar el primer mundo al tercero y qué puede recibir de él —y no es nada difícil inferir desde la perspectiva inversa qué puede dar el tercer mundo al primero y qué puede recibir de él.

¿Qué da y debe dar el primer mundo a los pueblos crucificados? Esta es una pregunta clave, cuya respuesta ya la hemos dado en principio: revertir la historia, aunque para la convicción y motivación de ello, y para encontrar la dirección correcta de la radicalmente nueva dirección, el primer mundo debe contar con el pueblo crucificado. Ahora el espacio no da para un análisis extenso, sólo queremos mencionar algunas dimensiones formales del don que debe hacer el primer mundo.

En primer lugar, puesto que en sus manos está, debe *dar vida* de modo que la especie humana sea viable y no pase a ser sub-especie no existente, y debe dar abajándose conscientemente —empobreciéndose él mismo, aunque la palabra suene a destino manifiesto— para que sea posible no sólo la vida, sino la familia humana. Eso significa que el primer mundo promueva lo que Ignacio Ellacuría llamaba “la civilización de la pobreza”.

En segundo lugar, debe dar *a modo de restitución*, es decir, devolviendo lo depredado hace siglos, no sólo para evitar así paternalismos y neocolonialismos, sino para disponerse a la gracia del perdón. Eso significa que el primer mundo promueva “la honradez con lo real”, diciéndose a sí mismo lo que es.

En tercer lugar, debe dar *sin la hipocresía* de convertir la ayuda en negocio y provecho propio (funcionarios extranjeros que en la realización de proyectos cobran salarios cinco, diez y hasta dieciocho veces mayores que los de sus colegas del tercer mundo; generación de deuda externa que hace que el tercer mundo capitalice al primero...). Esto significa “la recuperación de la decencia”.

Por último, debe dar *abierto al recibir*, como veremos en seguida. Esto significa “la apertura a la gracia” y así al sentido de la vida.

¿Qué recibe y puede recibir el primer mundo del pueblo crucificado? Esto lo hemos analizado en detalle en otro lugar⁷ y aquí nos reducimos a tres cosas: dignidad, utopía y calidad de vida.

El pueblo crucificado le ofrece al primer mundo ante todo luz para conocer la realidad, lo cual es experiencia repetida en nuestros días. El tercer mundo se ha convertido en luz para que podamos sabernos en nuestra verdad, si no hacemos como aquellos que pasaban delante del siervo sufriente y volteaban la cabeza para no verlo (Is 53, 3). Esa luz ilumina la verdadera realidad de nuestro mundo, que trata de ser ocultada y encubierta con eufemismos como *países en vías de desarrollo*, *democracias incipientes*, o con lenguaje asépticamente geográfico: *el sur*. Pero ilumina también nuestra verdadera realidad como seres humanos, pues los pueblos crucificados no han caído del cielo (mejor será decir, no han surgido del infierno), sino que son producto de nuestras manos. Y aunque traumatizante, la luz que ofrece el pueblo crucificado nos ayuda a estar en la verdad, a no vivir artificialmente, a no seguir siendo la excepción y



Utopía es la vida justa y digna de los pobres, abierta siempre a un “más”.

la anécdota en este mundo, sino a ser cosa real. Y así también a recobrar el mínimo de dignidad.

Aceptar la verdad es el primer paso para superar la vergüenza que debemos o deberíamos sentir por haber hecho un mundo tan injusto, inhumano y cruel, en el cual somos la excepción y la anécdota. Y es que la mayoría de la humanidad está hecha de pobres, cuya vida está seriamente amenazada en sus niveles primarios, y en comparación con la cual el hombre y la mujer moderno de las sociedades en abundancia son una excepción. Y hay que preguntarse —tener la sospecha al menos— si la vida excepcional de unos no se debe a la mayoritaria muerte de otros. Aceptar esta verdad es cosa dura, pero salvífica. Nos devuelve realidad y dignidad. Y esto nos lo ofrece el pueblo crucificado.

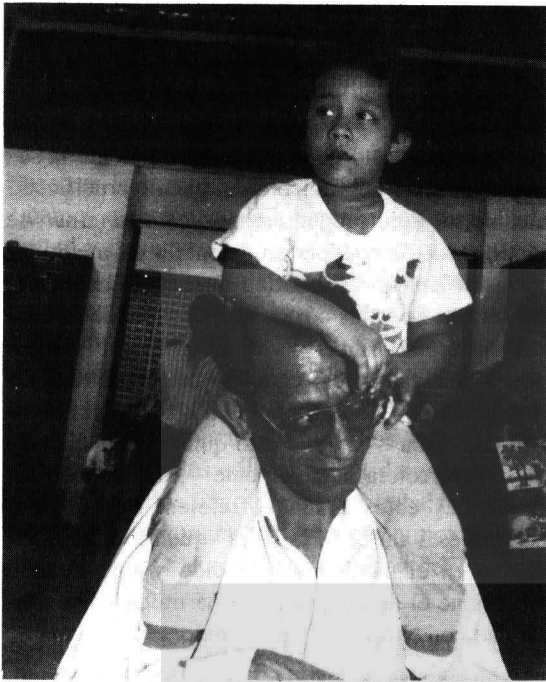
El descubrimiento de la verdadera realidad lleva también a redescubrir otras cosas importantes para el primer mundo. Unas, como la utopía, casi en vías de extinción, y otras, como la llamada “calidad de vida”, mal encaminada y sin solución. Digamos unas breves palabras sobre cada una de ellas.

Por lo que toca a la *utopía*, el pueblo crucificado exige mantenerla viva y le ofrece una dirección y un contenido concreto: utopía es la vida justa y digna de los pobres, abierta siempre a un “más”. A esto llamamos utopía en sentido estricto, porque todavía no hay lugar para ello, pero es importante insistir en que en eso y no en ilusiones y devaneos egoístas del primer mundo consiste la utopía. Y es muy comprensible, aun desde un punto de vista metodológico formal, que las cosas se vean así, pues el lugar de la utopía es el mismo que el de la profecía. Así, el pueblo crucificado muestra *sub specie contrarii* el contenido de la utopía. Y, a la inversa, habrá que preguntarse si aquellos que hoy niegan o reniegan de la utopía se han confrontado alguna vez en serio con el pueblo crucificado. La utopía vive de la esperanza, ciertamente, pero comienza como superación de lo que denuncia la profecía.

Y el pueblo crucificado nos ayuda también a criticar la —en mi opinión— mal llamada “calidad de vida” y, sobre todo, a reorientarla correctamente. En el primer mundo, por mucho que se hable de “calidad” de vida, en lo sustancial, se está hablando todavía de cantidad: “más” derechos, más libertades, más tiempo de ocio, más avances tecnológicos... Algo hay de exageración en lo que decimos, pues también se busca “mejor” medicina, educación, arte... Pero no creemos que exageramos en lo fundamental, porque todavía no se ha dado, ni parece que se esté en trance de dar, el verdadero salto cualitativo que consiste en pensar esencialmente la propia vida y el propio destino, los propios sufrimientos y esperanzas, desde, para y con los de los demás. En otras palabras, habrá verdadero avance en la “calidad” de vida, cuando ésta se piense desde y para toda la familia humana, cuando el gozo de la vida consista en ser-humano-con-otros, y cuando lo que se celebre sea, ante todo, ésto. Una vida de más calidad, que sea sólo para uno mismo, para el grupo, la autonomía, el país, el bloque, es una contradicción. Lo es desde una perspectiva cristiana, pero también lo es desde una perspectiva simplemente humana, como lo demuestra la experiencia.

La “calidad de vida”, tal como hoy se la entiende, no acaba de humanizar, por decirlo suavemente, y la razón fundamental —se sea o no consciente de ello— es que está basada sobre la vida miserable de las mayorías. Por ello habrá calidad de vida cuando la actual civilización de la riqueza, que empobrece a las mayorías y deshumaniza a todos, sea sustituida por una civilización de la pobreza que posibilite la vida de todos y humanice a todos, y, entonces sí, “civilice” a todos. En lenguaje de la economía, habrá calidad de vida cuando el trabajo tenga prioridad sobre el capital. Y si se me permite la paradoja, el primer mundo “vivirá mejor” cuando acepte “vivir peor” para que “todos puedan vivir”.

Con la calidad de vida, sin embargo, como ocurre con tantas otras cosas, aun las buenas, el primer mundo es el que decide su definición, y



con ello su control, y es celoso de que le quiten ese privilegio. Así ocurre con la definición de lo que deben ser los sistemas políticos, los derechos humanos y hasta la teología. Pues bien, si algo nos aportan los pueblos crucificados es un nuevo camino para definir y poner por obra la calidad de vida, idealmente, ésta se expresa en el espíritu de la comunidad *versus* el individualismo aislacionista, que fácilmente degenera en egoísmo; en la celebración *versus* la diversión irresponsable, que degenera en alienación; en la apertura *versus* el etnocentrismo cruel, que degenera en desentendimiento del sufrimiento de los otros; en la creatividad *versus* la imitación servil, que fácilmente degenera en pérdida de identidad propia; en el compromiso *versus* la mera tolerancia, que degenera en indiferencia; en la fe *versus* el burdo positivismo y pragmatismo, que degenera en sinsentido de la vida...

5. Soledad y solidaridad: llevarse en el sentido de la vida y fe

Queremos terminar el análisis de la solidaridad con esta reflexión para mostrar la hondura de lo que entendemos por ella. También la fe, como lo más profundo de la persona, se debe realizar en

apertura a la fe de otros, a recibir fe de ellos y darles de nuestra fe, y recordemos que estamos hablando del primer mundo con una fe más ilustrada y del tercer mundo con la fe de los pobres. Y algo tan semejante habrá que decir del sentido último de la vida, con lo cual, aunque ahora usemos el lenguaje creyente, pensamos que esta reflexión puede ser hecha y comprendida por todo el mundo. Veámoslo.

Es claro que en la fe y en el sentido de la vida en algún momento todos tenemos que habérnoslas con nosotros mismos en soledad, y, en definitiva, sin poder delegar en nadie nuestra responsabilidad. Y esto no es descubrimiento moderno, sino que viene de antiguo: Abraham, Moisés, Jeremías, María, Jesús... Todos los grandes prototipos de fe son descritos de tal manera que en momentos importantes tuvieron que habérselas a solas con Dios. Pero es también claro que en la Escritura la fe de unos confirma, fortalece, completa, ayuda a la fe de otros. Dicho en términos de solidaridad, los creyentes se llevan mutuamente, como escribe Pablo a los romanos, insistiendo reiteradamente en la idea: "Tengo muchas ganas de verles... para animarnos mutuamente con la fe de unos y otros, la vuestra y la mía" (Rom 1, 11s).

El que la fe tenga que ser así puede ser argumentado *a priori*, pues al misterio de Dios sólo se le puede corresponder asintóticamente, y de ahí que tenga hondo sentido hablar del "pueblo de Dios" como del sujeto creyente primario, dentro del cual, pero no con independencia del cual, se realiza la fe del individuo. Y ese hecho de que "entre todos" creemos en Dios es positivo, pues posibilita la fe en un Dios siempre mayor. Los "otros", con sus diversas, aunque siempre limitadas concepciones de Dios, son los que posibilitan la superación, tanto de la propia limitación como de la *hybris* que piensa saber ya adecuadamente de Dios. Para captar el misterio de Dios y dejarle que se manifieste en toda su riqueza hay que estar, pues, activamente abierto a la fe de otros. De esta forma, "entre todos" vamos captando un poco lo insondable del misterio. Y digamos lo mismo del sentido de la realidad y de la propia vida: juntamente con otros va creciendo o decreciendo la convicción de que en el fondo de la realidad hay

un sentido más que un absurdo.

Pero hay que hacer otra precisión importante, sobre todo para el creyente o el simple ciudadano del primer mundo. Hemos dicho varias veces que nuestro mundo se divide fundamentalmente entre los que dan la vida por supuesto y los que lo que no dan por supuesto es precisamente la vida. Pues bien, esa diferencia fundamental se refleja también en la forma que adopta la fe, y en que los que son "diferentes" se puedan llevar en la fe. La decisión al abajamiento, por ejemplo, puede verse motivada por la fe real de los pobres; y, a la inversa, éstos pueden encontrar en el apoyo de aquéllos un nuevo motivo para la fe. La oración de petición, típica de los pobres, puede ayudar a que cristianos en abundancia descubran su pobreza específica y se remitan a Dios en la oración; y la esperanza activa, la disposición al trabajo y la lucha podrán enriquecer la fe de los que viven en mayor indefensión.

Los ejemplos pueden multiplicarse, pero lo importante es la conclusión. Cree la persona, pero no cree sola. En lo más profundo nuestro, cuando damos una respuesta positiva al enigma de la existencia y al misterio de Dios, somos llevados por otros. Y somos llevados por los más pobres, por los que están abajo, por los que pensábamos que eran aquellos a quienes nosotros tenemos que ayudar. La sorpresa es grande, pero es también una buena noticia, sobre todo cuando también nosotros llevamos a los pobres en nuestra fe. Entonces, hay solidaridad y gozo.

6. La esperanza y los mártires

Todo lo que hemos dicho es utopía, evidentemente. La solidaridad se ofrece como modelo para que este mundo tenga solución, sabiendo que el mundo no sólo se mueve por solidaridad, sino casi siempre por egoísmo. Pero hay algo en el modelo de solidaridad que ya es realidad en el modo de relacionarse hoy personas y grupos en el primer y en el tercer mundo. Y en cualquier caso, es necesario. Como dijimos más arriba, o por amor a Dios o por temor a las penas del infierno, hay que buscar alguna forma de solidaridad, de llevarse mutuamente. Todos sabemos, dicho en lenguaje político, que el mundo sólo sobrevivirá si se conjugan los intereses de todos. Pero también nos gustaría

decirlo en lenguaje utópico: el mundo nuevo surgirá si crece la cultura de la solidaridad, cuyo presupuesto es la familia humana y en cuyo centro están los pobres.

Ya hemos visto qué pone en movimiento la solidaridad: el descubrimiento del pueblo crucificado encubierto. Pero preguntémonos para terminar de dónde sacar fuerzas para mantenerla en medio de graves dificultades. Es difícil mantener la solidaridad, no sólo por los costos que acarrea, de lo cual dan testimonio tantas personas, grupos e instituciones hostigados, perseguidos, martirizados... Lo es también porque la geopolítica actual no la favorece casi nada —sin que esto quiera decir que antes la favoreciera notablemente—, ni tampoco las directrices eclesiásticas oficiales. Por último, siempre está ahí el "a la larga" que dificulta mantenerse en el camino emprendido y más cuando sobreviene el desencanto: qué ha traído tanta solidaridad con Nicaragua, El Salvador...

Mantener la solidaridad no es, pues, cosa fácil, y lo que la hace posible es la esperanza. Y si nos preguntamos, de nuevo, de dónde sacar la esperanza, la respuesta es que lo que genera esperanza es el amor sincero a los pobres de este mundo⁸. Y ese amor se ha mostrado entre nosotros de la manera más clara posible en los mártires.

Por recordar al mártir más eximio del pueblo salvadoreño, Monseñor Romero, muchas veces he preguntado a gente sencilla quién fue Monseñor para ellos, y la respuesta en lo fundamental ha sido unánime: "Monseñor Romero dijo la verdad, nos defendió a nosotros los pobres y por eso lo mataron". De esta forma están diciendo que mártir es aquel a quien le quitan la vida, pero por razones bien precisas: por decir la verdad y por defender al pobre. Y la conclusión es —no necesariamente en forma conceptual, pero sí existencial— que quien introduce la verdad y el amor en nuestro mundo de mentira y de crueldad genera y mantiene esperanza.

Terminemos como comenzamos. Para que el mundo tenga solución se necesitan procesos y modelos que realmente puedan transformar las estructuras que lo configuran y para ello se necesita también una buena dosis de realismo y de compro-

misos. Sin ello, por ejemplo, no se hubiera acabado la guerra en El Salvador ni se hubiesen firmado los acuerdos de paz. Pero esto no basta. Para poner en marcha esos procesos, darles la dirección correcta y mantenerse en ellos se necesita espíritu. Nosotros lo hemos analizado desde la solidaridad y hemos mencionado la esperanza que surge de la verdad y del amor. No son éstos los bienes políticos que parecieran ser los más importantes, y, ciertamente, no son los bienes económicos de los que estamos tan urgidos. Pero mal construiremos un mundo nuevo sin la solidaridad que los promueve y sin los bienes sociales de la verdad, del amor y de la esperanza. Con ellos la vida tiene sentido, y sin ellos sólo queda el desencanto o la huída. Con ellos hay ánimo para trabajar por una sociedad configurada por la verdad y por la justicia, y sin ellos sólo queda la crueldad del egoísmo o el "sálvese quien pueda".

Dicho en palabras del pronunciamiento de la UCA del 16 de noviembre, parafraseando a Jürgen Moltmann, "no toda vida es ocasión de esperanza, pero sí lo es la vida de los mártires que, por amor, cargaron sobre sí con el pecado social, siguiendo el ejemplo de Jesús".

Teniendo ante los ojos a los pueblos crucificados y el ejemplo de los mártires, podremos vivir la solidaridad e intentar revertir la historia. Así participaremos de la muerte de los pobres, pero podremos vivir ya como resucitados en la historia.

Notas

1. F. Hinkelammert, *La crisis del socialismo y el tercer mundo*. San José, 1991, p. 6.
2. José María Mella Márquez, *Vida Nueva*, 29 de octubre de 194, p. 28.
3. "Quinto centenario de América Latina. ¿Descubrimiento o encubrimiento?", *Revista Latinoamericana de Teología*, 1990, 21, p. 227.
4. X. Gorostiaga, "La mediación de los cambios sociales y los cambios internacionales", en *Cambio social y pensamiento cristiano en América Latina*, J. Comblin, J.I. González Faus, J. Sobrino (eds.), 1993, p. 131.
5. "El desafío de las mayorías populares", *ECA*, 1989, 493-494, p. 1076.
6. "Lo divino de luchar por los derechos humanos", *Sal Terrae*, 1984, 10, p. 683.
7. *Jesucristo Liberador*, San Salvador, 1991, pp. 433-439.
8. Esto lo hemos desarrollado en "La esperanza y los mártires", *ECA*, 1994, 553-554, pp. 1254-1260.